

Manual de convivencia

La vía andaluza

Juanma
Moreno



JUANMA MORENO

MANUAL DE CONVIVENCIA

La vía andaluza



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Juan Manuel Moreno Bonilla, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 15.487-2025

ISBN: 978-84-670-7875-6

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

1.	LA NOCHE DEL CAMBIO.....	11
2.	LO IMPOSIBLE	25
3.	ÚLTIMOS DÍAS CON MI PADRE	29
4.	«¡JUANMA, DALES CAÑA!».....	35
5.	«MAL CANDIDATO, BUEN PRESIDENTE».....	41
6.	LA CARAMBOLA.....	45
7.	EL PARACAÍDAS QUE NO SE ABRIÓ.....	49
8.	PENSAR Y ACTUAR.....	55
9.	MEDITACIÓN Y CALMA	61
10.	EL CONSEJO DE RAJOY.....	67
11.	<i>EL LIBRO DE LA SELVA</i>	75
12.	LOS PROFETAS DEL APOCALIPSIS	81
13.	UN GOBIERNO DE COALICIÓN	87
14.	LOS BULOS Y EL FANGO	95
15.	<i>FAKE NEWS</i> Y ELECCIONES	105
16.	CANAL SUR, UN SERVICIO PÚBLICO	109
17.	LOS PROBLEMAS INVISIBLES	113
18.	Y LLEGÓ LA PANDEMIA	121
19.	SERVICIOS PÚBLICOS E INMIGRACIÓN.....	135
20.	MUJERES Y HOMBRES	145

ÍNDICE

21.	UN EJEMPLO DE COHERENCIA: PEPE MUJICA	159
22.	ENCUENTROS EN EL VATICANO	165
23.	DE JFK A TRUMP.....	175
24.	LA IMPORTANCIA DEL HUMOR.....	185
25.	LA TIERRA ES REDONDA.....	195
26.	ANDALUCÍA POR DELANTE DE TODO	207
27.	LA NUEVA ANDALUCÍA.....	221
28.	LA SUERTE TE ENCUENTRA.....	233
29.	LA POLÍTICA NO ES LA GUERRA	239
30.	GOBIERNO VS PODER.....	247
31.	LA ESPAÑA DE FEIJÓO.....	255
32.	LA LUZ DE ANDALUCÍA.....	261
	AGRADECIMIENTOS	265

1

LA NOCHE DEL CAMBIO

Y el cambio llegó finalmente. Pasaban las diez de la noche del 2 de diciembre de 2018. Hacía más de dos horas que los colegios electorales de Andalucía habían cerrado, pero seguíamos sin tener ningún dato oficial del escrutinio.

En una noche electoral, este retraso en la información era algo realmente excepcional. Y aunque estuviera aparente y oficialmente justificado, tanto silencio comenzaba a generar sospechas de que algo raro sucedía. Lo raro, lo extraordinario, lo inédito era que el PSOE estuviera a punto de perder la Junta de Andalucía después de cuarenta años consecutivos en el poder. Pero eso todavía no lo sabíamos.

La Junta Electoral de Cádiz había acordado alargar la votación en varios colegios de Sanlúcar de Barrameda por diversas incidencias ocurridas durante la mañana, y eso obligó a retrasar hasta las 22.15 horas la comunicación de los primeros resultados. Así lo marca la ley: mientras haya ciudadanos que puedan seguir votando, está prohibido adelantar los datos del escrutinio.

En la sede del PP de Andalucía había mucha expectación. Los televisores y las radios estaban encendidos en todos los des-

pachos, en todas las plantas del edificio, ante la falta de información en la web oficial. Reinaba una gran tensión, y allí dentro, entre las paredes del número 39 de la calle San Fernando de Sevilla, todas las esperanzas estaban puestas en que el vuelco electoral se produciría.

Nuestras encuestas nos decían que existía una posibilidad cierta de cambio político después de cuarenta años ininterrumpidos de Gobiernos del PSOE. Y esa misma tarde, a las ocho en punto, por primera vez en toda la campaña electoral, algunos medios publicaron un sondeo que ratificaba esa posibilidad. Pero eran más de las diez y aún no teníamos datos oficiales.

En el PSOE, lógicamente, lo sabían todo. La Junta de Andalucía, organizadora de los comicios, había ido recibiendo en tiempo real los escrutinios de todas y cada una de las mesas electorales. Y no nos cabía duda de que, si lo sabía el Gobierno socialista, lo sabía el PSOE. A esa hora ya debían de ser conscientes de que aquella noche del 2 de diciembre de 2018 pasaría a la historia como la noche del cambio político en Andalucía.

El reloj se acercaba a la hora fijada para conocer los primeros datos y, dentro de mi despacho, acompañado por Manuela, mi mujer, y por algunos de mis colaboradores más cercanos, pensaba en el futuro. Tenía la certeza de que el resultado sería ceñido, ajustado. Como en la película *Match Point*, de Woody Allen, la pelota de tenis había tocado la cinta, jugueteaba sobre la red y podía caer de cualquier lado de la pista. Sabía que solo existían dos posibilidades: ser presidente de la Junta de Andalucía o poner rumbo a una vida distinta, quizá alejada de la política.

Siempre creí en las posibilidades de éxito del proyecto político que iniciamos cuatro años antes y siempre cerré cada mitin

al grito de «¡A ganar, a ganar y a ganar!», porque tenía fe en la victoria. Por eso, aquella noche, en contra de esa vieja norma no escrita que dice que se debe tener más de un discurso preparado para reaccionar rápidamente ante cualquier escenario, mi equipo y yo solo habíamos contemplado una única posibilidad: el triunfo electoral.

La primera vez que vislumbramos que era posible desplazar al PSOE en Andalucía fue en las elecciones generales de junio de 2016, cuando yo ya era presidente del Partido Popular de Andalucía. En aquella ocasión, hubo casi un millón y medio de andaluces que tomó la papeleta del PP para votar a Mariano Rajoy, y nuestra formación, por primera vez en mucho tiempo, volvió a ganar unas elecciones en nuestra comunidad.

La extrapolación de aquellos resultados a unas autonómicas decía que, en caso de haber dos bloques, PSOE-Podemos y PP-Ciudadanos, se habría producido un empate técnico con dos millones de votos en cada uno de ellos. Por tanto, necesitábamos algo más para lograr el cambio.

Mientras nuestra principal competidora, Susana Díaz, se empleaba a fondo en su batalla interna contra Pedro Sánchez, en mi equipo comenzamos a trabajar en una hipotética alianza con Ciudadanos con el fin de captar al votante socialista desencantado. Y para conseguirlo había que ser moderado y respetuoso con la izquierda. Así nació la idea del cambio tranquilo.

Muchos meses antes de las elecciones autonómicas del 2 de diciembre de 2018, ya contemplábamos una suma de PP, Ciudadanos y VOX, una fuerza política emergente que entonces no parecía tener demasiada influencia social, aunque durante la campaña electoral se disparó en los sondeos, justo cuando el

PSOE le dedicaba cada vez más tiempo y espacio en sus actos electorales.

El equipo de estrategia del PP de Andalucía había detectado que, aunque el PSOE seguía siendo la opción mayoritaria en las encuestas, los andaluces deseaban un cambio de Gobierno. Era algo aparentemente contradictorio: ¿cómo se puede querer un cambio político y seguir votando al mismo partido de siempre? Como ocurre con muchas cosas, es algo difícil de explicar, pero fácil de entender.

El cambio no era exactamente un deseo para los andaluces, sino una añoranza, algo así como un sueño inalcanzable. Como un amor platónico o imposible. Uno de mis asesores explicaba que era como George Clooney. «Sí, Juanma —me decía—. Hay una inmensa mayoría de personas, hombres y mujeres, que jamás se casarían si supieran que tienen una mínima posibilidad de ser la pareja de George Clooney. Pero como no creen que sea posible, aunque lo deseen más que nada en el mundo, se acaban casando con otra persona. Pues aquí pasa igual: como no creen que el cambio puede llegar a Andalucía, se siguen casando con el PSOE».

La tarea no era sencilla. Había que convencer a los andaluces de que no se conformaran, que soñaran a lo grande y creyeran. Pero qué difícil estaba resultando...

Cada vez que contaba mis planes a un periodista, a un empresario o a alguien influyente en la sociedad con el ánimo de convencerlo, percibía la misma mirada de incredulidad acompañada de la clásica palmadita en la espalda que te despacha educadamente, como diciendo: «Venga, Juanma...». A nadie engaño ni sorprende si digo que ocurría incluso entre muchos de mis compañeros de partido. Así es la política.

El caso es que, en mayo de 2018, conscientes de que Susana Díaz podía adelantar las elecciones y convocarlas en cualquier momento, decidimos dar un giro a la imagen del PP y apostar por otro eslogan: «Un nuevo Gobierno». Y muy pronto las encuestas empezaron a mostrar que la opción preferida por una gran parte de los andaluces era, precisamente, que hubiera un nuevo Gobierno en Andalucía.

Cada vez que participaba en una rueda de prensa o en un acto organizado por el PP, el lema que podía leerse en el atril era justamente ese, «Un nuevo Gobierno», y cada vez que cualquier miembro destacado del PP de Andalucía o yo mismo concedíamos una entrevista, prometíamos a los andaluces un nuevo Gobierno. Un nuevo Gobierno, un nuevo Gobierno, un nuevo Gobierno.

Había que martillear el mensaje para ilusionar, para hacerlo creíble. Los expertos en *marketing* dicen que el número mágico es siete; que hay que repetir una idea siete veces en un mismo discurso o en un anuncio publicitario, si quieres asegurarte de que la audiencia la retiene. En los meses anteriores a las elecciones autonómicas, nosotros habíamos repetido el mensaje al menos siete millones de veces.

Las elecciones las suele ganar quien logra imponer el escenario que más favorece a sus intereses. Como en un partido de fútbol, la ventaja del equipo local no consiste solo en que la afición empuja a su favor, sino también en que se juega en un terreno que se conoce, y se decide la altura de la hierba o si se riega o no el campo para facilitar un tipo de juego más o menos rápido.

Es antológica la anécdota que cuenta el entrenador David Vidal, viejo conocido de la afición del Cádiz CF. A principios de

los años noventa, cuando entrenaba al Logroñés, visitó el campo de Las Gaunas el entonces temido Barça de Johann Cruyff. Vidal ordenó que durante dos semanas no se cortara la hierba para perjudicar el juego rápido del Barcelona. Por eso, cuando Cruyff preguntó desde la banda a un joven Pep Guardiola que por qué no pasaba más el balón, la respuesta del centrocampista fue más bien un lamento: «¡Si es que no se ve el balón...!».

El campo de juego de unas elecciones es un marco mental, una pregunta, la disyuntiva que se plantea a los electores. Estos tienen que ver claramente que hay dos opciones, en qué consisten y elegir la que más les guste. Como sabíamos que la opción preferida de una mayoría de andaluces era un nuevo Gobierno —porque existía una fuerte pulsión de cambio político en la sociedad—, el equipo de campaña tuvo claro desde el principio cuál era la pregunta que los andaluces debían responder el día que fueran a votar: ¿quieres continuidad o quieres cambio? La disyuntiva era evidente, pero había que asegurar que el voto del cambio se concentrara en el PP, porque nos había salido un claro competidor por el centro: Ciudadanos.

Se dice que no hay mal que por bien no venga, y puedo asegurar que la frase encierra una gran verdad. En enero de 2015, cuando hacía menos de un año que había tomado las riendas del PP de Andalucía y estaba, como quien dice, recién aterrizado, Susana Díaz disolvió el Parlamento y convocó elecciones para el 22 de marzo. Me cogió por sorpresa, ya que, aunque tenía cierto recorrido político en Andalucía, para muchos de mis paisanos yo era un desconocido, probablemente porque en los últimos años me había centrado en la política nacional. La jugada del PSOE parecía ganadora, pero no les salió del todo bien y el futuro así lo demostró. Intentaré explicarlo.

El PSOE obtuvo 47 diputados; el PP, 33; Podemos, 15; Izquierda Unida, 5, y la gran sorpresa la dio, Ciudadanos, una fuerza política nueva que irrumpió en el Parlamento de Andalucía con 9 diputados. La relación irreconciliable entre Susana Díaz y la líder de Podemos, Teresa Rodríguez, y la imposibilidad de sumar los 55 escaños necesarios con la Izquierda Unida de Antonio Maíllo abocaban al PSOE a una única opción: pactar con Ciudadanos para seguir en el Gobierno.

Imagino el intenso debate que debió de abrirse en el seno del partido que entonces lideraba Albert Rivera. Tuvieron que ser semanas de muchas dudas, y lógicas. Apoyar al PSOE significaba sostener a la misma formación de siempre, que se encontraba arrinconada por numerosos casos de corrupción. Era un discurso difícil de mantener por una fuerza que nació prometiendo la regeneración política. Pero, por otro lado, negarle sus votos a Susana Díaz habría convertido a Ciudadanos en el responsable de una repetición electoral, algo que hasta entonces no había ocurrido en España. Entiendo la dificultad de la decisión, y nadie sabe qué habría pasado si se hubieran repetido las elecciones andaluzas. Lo que sí sabemos es que, al apuntalar a Susana Díaz en 2015, Ciudadanos se descartó como alternativa a cuarenta años de socialismo.

Decía antes que no hay mal que por bien no venga, y se puede decir lo mismo tomando una frase que le escuché con frecuencia al que fue líder de Ciudadanos en Andalucía y mi vicepresidente en el primer Gobierno del cambio, Juan Marín: «Unas veces se gana y otras se aprende». Aquellas elecciones de marzo de 2015 nos sirvieron para aprender muchísimo en el PP.

Si en 2015 Susana Díaz se enfrentó a un candidato desconocido, al que cogió absolutamente desprevenido, meses antes

de que se convocaran las elecciones autonómicas de 2018 las cosas eran muy distintas. Ya teníamos estrategia electoral, un cartel arriesgado y un eslogan poderoso: «Garantía de cambio». Sabíamos que había una mayoría de andaluces que quería un nuevo Gobierno y con ese eslogan les decíamos que el voto útil para lograrlo era el voto al PP. Los tres años largos en los que el PSOE había gobernado Andalucía con el apoyo de Ciudadanos hicieron creíble que coger la papeleta de nuestro partido era la única opción que «garantizaba» el deseado cambio. Porque, si ya una vez Ciudadanos pactó con Susana Díaz, ¿quién podía asegurar que no lo volvería a hacer?

Cuando, a mediados de noviembre de 2018, dos semanas antes de las elecciones, fui a una notaría de Córdoba para dejar constancia escrita de que jamás pactaría con el PSOE, hubo quien lo interpretó como una muestra de ingenuidad. Es evidente que no era necesario firmar ningún documento ante notario para que los andaluces supieran que el PP no le daría la presidencia de la Junta al PSOE, pero el objetivo de aquel gesto era otro: instar a Ciudadanos y a Adelante Andalucía —heredera de Podemos— a actuar del mismo modo, sabiendo que en ningún caso lo harían. Por tanto, era una forma de recalcar ante esa mayoría de andaluces que deseaba un nuevo Gobierno que dar su voto al Partido Popular era la única vía posible.

Finalmente, todo salió bien por noventa mil votos, que fue la ventaja que el PP, segunda fuerza más votada, sacó sobre Ciudadanos, que quedó en tercera posición. La misma noche electoral llamé por teléfono a Juan Marín para decirle que teníamos que ponernos de acuerdo como fuera. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos...

Volvamos a mi despacho de la sede del PP de Andalucía, en la noche electoral del 2 de diciembre de 2018, cuando aún no sabíamos nada. A las 22.01 horas, recibimos un mensaje de WhatsApp de una periodista con fama de estar bien informada, que se encontraba en esos momentos cubriendo la información del PSOE en el hotel Meliá Sevilla, donde los socialistas habían instalado su cuartel general. El mensaje era claro y conciso. Tenía dos palabras: «Moreno, presidente».

Los resultados electorales se darían a conocer mediante una aplicación informática y una página web creada específicamente para la ocasión: «Elecciones Andalucía 2018». Todos estábamos pendientes de ellas y actualizábamos la web cada dos o tres segundos, pero sin éxito. Hasta que a las 22.15 horas estalló la bomba. En un instante, tanto la *app* como la web pasaron de no ofrecer ninguna información a detallar el resultado con un 80 % de los votos escrutados. Tuvimos que frotarnos los ojos: PP, Ciudadanos y VOX sumaban 60 escaños, una holgada mayoría absoluta.

Llevábamos años preparándonos para ese momento y ahora que había llegado no nos lo terminábamos de creer. Durante el minuto que siguió a la publicación de los primeros datos, hicimos comprobaciones y refrescamos las páginas donde se mostraban para asegurarnos de que no se trataba de un error. Y no, no había error. Uno de los responsables de la campaña electoral irrumpió en mi despacho con unos papeles en la mano: «¡Que sumas, Juanma, que sumas! Lo hemos conseguido. ¡Vas a ser presidente de la Junta de Andalucía!».

La sorpresa era tan grande que incluso las televisiones tardaron unos minutos en reaccionar, como si no se hubieran dado cuenta de que los datos que acababan de recibir eran casi defi-

nitivos. Y a mí me ocurrió algo parecido. Me quedé desconcertado, algo confuso al principio, y debo reconocer que casi molesto por una euforia que consideré prematura. Quise hacer un llamamiento a la calma: «Tranquilos, prudencia. El recuento no ha hecho nada más que comenzar. Esto todavía puede dar muchas vueltas». En aquel momento, como creo que le ocurrió a mucha gente, no era consciente de que esos primeros resultados que empezaban a mostrar los canales de televisión no eran los clásicos avances sujetos a muchas oscilaciones, sino que correspondían ya a un escrutinio del 80 %. Y la experiencia dice que, a partir de ese porcentaje, los datos suelen variar muy poco.

La algarabía se desató en el edificio. A mi despacho de la segunda planta llegaban los gritos de júbilo que salían de todas las salas, de todas las plantas. Yo pensaba en las personas que llevaban tanto tiempo anhelando este cambio, pero mantuve la prudencia. Sabía que, aunque los números salieran, lograr un acuerdo no sería fácil. Por eso, a los miembros de mi equipo les repetía una y otra vez que no podíamos dar nada por hecho hasta el momento de la votación en el Parlamento.

Los resultados definitivos no cambiaron mucho. El PSOE fue la opción más votada con 33 escaños, pero PP con 26, Ciudadanos con 21 y VOX con 12 reuníamos 59 diputados, cuatro por encima de la mayoría necesaria para una investidura en primera votación. La suma de PSOE y Ciudadanos se quedaba a uno de la mayoría absoluta y una alianza de PSOE, Ciudadanos y Podemos parecía inviable. Solo había una opción y, como había augurado el mensaje de aquella periodista, esa opción era «Moreno, presidente». Después de cuarenta años de mayorías socialistas, qué importaba haber tenido que esperar dos horas más para que llegara el cambio.

El PSOE estaba en estado de *shock*. El día después de las elecciones, Susana Díaz seguía alimentando la hipótesis ficticia de que el PSOE podría seguir gobernando, como si nada hubiera pasado. Visto con la perspectiva del tiempo, aquella era una primera reacción entendible.

Desde el primer momento tuvimos claro que había que trabajar por un Gobierno de coalición con Ciudadanos y con el apoyo externo de VOX, es decir, un socio parlamentario para aprobar leyes y presupuestos, pero sin responsabilidades en el Ejecutivo. El reto era tremendamente complejo, porque se trataba de poner de acuerdo a dos partidos, Ciudadanos y VOX, que apenas tenían contacto y que incluso abominaban el uno del otro. Pero ambos sabían que el mandato de las urnas era facilitar el cambio y que, si su empecinamiento nos llevaba a una indeseable repetición electoral, lo pagarían carísimo. Estábamos condenados a llegar a un acuerdo. Pero ¿qué tipo de acuerdo?

La estrategia había dado sus frutos, porque nosotros siempre hablamos de hacer un cambio tranquilo. Durante décadas, el PSOE contó con un respaldo mayoritario en Andalucía, lo que había dotado a la comunidad de una continuidad política muy marcada. Por eso era fundamental que la transición se produjera de forma serena y consensuada.

En 1982, Felipe González se presentó a las elecciones generales con el eslogan «Por el cambio». Durante la campaña le preguntaron qué era el cambio y él, sabedor de que la clave del éxito residía en acabar con el discurso de las dos Españas y en atraer al votante de centro que había apostado por Adolfo Suárez, respondió hábilmente: «El cambio es que España funcione».

En cierto modo, existían muchos paralelismos entre la llegada del PSOE al poder en la España de 1982 y el reto al que

nos enfrentábamos en Andalucía después de casi cuarenta años de autonomía. El nuestro debía ser un mensaje calmado, sin estridencias, porque éramos conscientes de que las consignas revolucionarias generaban temor y recelos. Curiosamente, durante la campaña electoral, en una entrevista de radio, a mí también me preguntaron qué era el cambio. Había que seducir al votante socialista o, al menos, evitar una movilización de la izquierda en contra de nuestra propuesta. La respuesta me la había dado el propio Felipe González treinta y seis años antes: «El cambio es que Andalucía funcione», respondí.

Para avanzar en esta idea, le dije a mi amigo y compañero Elías Bendodo, en aquel momento presidente de la Diputación de Málaga y uno de mis más estrechos colaboradores, que, cuando llegara el momento de negociar el acuerdo con Ciudadanos y VOX, encapsulara los temas conflictivos, aquello en lo que no estuviéramos todos de acuerdo, y se centrara en los asuntos en los que era fácil darse un apretón de manos. Para que una negociación salga bien, es muy importante que comience bien. Si en los inicios se producen desavenencias y las posturas se vuelven rígidas, las posibilidades de alcanzar un buen acuerdo pasan a ser mínimas.

Las coincidencias de PP, Ciudadanos y VOX en materia económica y fiscal y de regeneración política eran muchas, y eso facilitó que pronto empezáramos a cerrar puntos del acuerdo: la eliminación del impuesto de sucesiones y donaciones, las bajadas sucesivas de impuestos como el IRPF o el de transmisiones patrimoniales, o la reducción de altos cargos de la Administración. Dejamos para el final los asuntos más delicados para VOX, como el de la violencia machista. Era tal el clima de miedo que la izquierda había generado en torno a esa negociación que a

nosotros mismos nos sorprendió la postura de sensatez y responsabilidad que la formación de Abascal adoptó en aquel momento decisivo de la historia de Andalucía.

El 27 de diciembre, justo veinticinco días después de las elecciones, ya había acuerdo, y Marta Bosquet, de Ciudadanos, se convirtió en presidenta del Parlamento. A la vuelta de la Navidad, el 9 de enero de 2019, se firmó el pacto de investidura. Estábamos a punto de convertir en realidad lo imposible.